



## ACADEMIA NACIONAL DE LETRAS

En Montevideo, a los 25 días del mes de setiembre de dos mil diecisiete, siendo la hora 17:20 se reúne el plenario de la Academia Nacional de Letras en sesión extraordinaria con la asistencia de los siguientes señores académicos: D. Adolfo Elizaincín, que lo preside, D. Jorge Arbeleche, D. Jorge Bolani, D. Hugo Burel, D. Gerardo Caetano, Da. Magdalena Coll, D. Rafael Courtoisie, D. Carlos Jones, D. Wilfredo Penco, D. Ricardo Pallares, D. Gabriel Peluffo, Da. Gladys Valetta, Da. Beatriz Vegh y Da. Marisa Malcuori en Secretaría con la asistencia de la Sra. Jimena Hernández.

Faltan con aviso: Da. Virginia Bertolotti y Da. Angelita Parodi.

Falta sin aviso: D. Juan Grompone, D. Óscar Sarlo y D. José María Obaldía.

### 1. Recepción de la Dra. Ludmila Ilieva como académica correspondiente en Bulgaria.

El presidente da la bienvenida a la Dra. Ludmila Ilieva y le otorga la palabra para que dé comienzo a su discurso de ingreso.

### PALABRAS SOBRE LA TRADUCCIÓN

“Excelentísimo señor Director, señoras y señores Académicos:

Quisiera empezar este discurso expresando mi profundo agradecimiento por haberme honrado aceptándome en las filas de esta insigne institución. Estoy convencida de que para una filóloga, hispanista extranjera, esta elección marca la cumbre de su carrera profesional y académica. Quisiera dar mis gracias más sinceras a los académicos Ricardo Pallares y Saúl Ibarгойen que elevaron mi candidatura y a todos los que votaron a su favor.

Desde el momento en que recibí primero la invitación de enviar mi currículum de candidata a miembro correspondiente para Bulgaria y luego, cuando me llegó la noticia de que había sido unánimemente electa por el Pleno de la Academia, no he dejado de pensar y preguntarme si merezco esta alta distinción y a qué la debo. He llegado a responderme, no sé si con acierto, que los motivos son como mínimo dos: por supuesto, para ser miembro de una Academia de Letras se necesita determinado nivel académico – mi carrera de profesora en la Universidad de Sofía, igual que en otras Universidades búlgaras como la de Plovdiv y de Veliko Tarnovo, así como en la Universidad de Skopje, Macedonia, pero aparte de ello, creo que ha pesado mi vínculo emocional y profesional con Uruguay y mi modesta labor de divulgación de la cultura uruguaya. Esta afirmación, que parece tal vez atrevida, supone algunas aclaraciones, por ejemplo, explicar cómo, por qué vía he llegado a aceptar al Uruguay como mi segunda patria. Y esta explicación, como podrán convencerse, tiene mucho que ver con el título de mi discurso – *Palabras sobre la traducción*. Comparto la opinión del escritor y dramaturgo francés Marcel Prévost de que a veces un encuentro casual con un buen libro puede cambiar para siempre el destino del hombre. Algo similar sucedió conmigo en el lejano año 1978: estando en el último año de la licenciatura de Filología Española en la Universidad de Sofía, fuimos enviados con otros cuatro compañeros a preparar nuestras tesis en la Universidad de la Habana, como se solía hacer entonces. Este era mi primer viaje a un país hispanohablante y a pesar de haber dedicado cuatro años de mi vida a estudiar con mucha perseverancia la lengua de Cervantes, el resultado eran muchos conocimientos pasivos, me expresaba más o menos como en la época de Cervantes y me sentía incapaz de llevar una conversación más libre y fluida en un lenguaje coloquial. Al mismo tiempo salimos para Cuba dos días después de haber aprobado el último examen semestral, el de Literatura Hispanoamericana, y junto con la dificultad de expresarme oralmente, tenía la cabeza llena de mariposas amarillas y lluvias interminables, de un tiempo que corre hacia atrás, de incongruencias, paradojas, desmesura, todo aquello que hizo



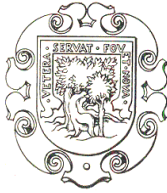
## ACADEMIA NACIONAL DE LETRAS

de la novela latinoamericana del *boom*, del realismo mágico y lo real maravilloso, una medida de cultura en los ambientes intelectuales europeos, dictada a veces no sólo por la admiración sino también por algo de esnobismo. Como futura hispanista no podía dejar de compartir este entusiasmo por una literatura vigorosa y nueva para Europa pero en mi yo más profundo era consciente de que no me sentía muy a gusto con esta desmesura, que reconociendo las indiscutibles cualidades de esta literatura ya muy de moda, tenía preferencia por otro tipo de narración. Así que partí para Cuba sin haber elegido el tema de mi tesina, sabiendo sólo que iba a escribir sobre literatura. Dio la casualidad que junto al choque que viví entrando en un ambiente totalmente distinto de los que había conocido, en la primera librería encontré la colección de textos críticos que acababa de publicar Casa de las Américas sobre Mario Benedetti, ya había leído la traducción búlgara de *La Tregua*, una pequeña obra maestra, de modo que el autor no me era desconocido, lo que no conocía era *Montevideanos* que me revelaron aquel pequeño mundo chejoviano, uno de mis autores favoritos, que entraba precisamente en contraste con la desmesura de la literatura latinoamericana del célebre *boom*, me sonaba familiar. Así que no vacilé mucho en elegir la cuentística de Mario Benedetti como tema de mi tesina. Con esta elección mis intereses tomaron un rumbo distinto, sabía muy poco del Uruguay, lo que habíamos estudiado en la Universidad - Zorrilla de San Martín, Rodó, Horacio Quiroga - y empecé a leer vorazmente todo lo que podía conseguir en las bibliotecas de Casa de las Américas, de la Universidad de la Habana, y en las librerías, Y allí es donde tuvo lugar aquel encuentro casual al que acabo de referirme – encontré una novela premiada por Casa de las Américas – *El Pasajero* de Jorge Musto. El premio es del año 1977 y es muy probable que no sean muchos los lectores que recuerdan esta obra. Por ello no podría dejar de citar uno de los múltiples fragmentos que me encantaron, tal vez para mí el más conmovedor – la descripción de la ciudad de Montevideo, vista por los ojos de un exiliado que vuelve luego de muchos años de ausencia y la redescubre:

*Montevideo es un barrio, Montevideo es una esquina, Montevideo es un zaguán. Con revoques desprendidos y gatos y azoteas. Una ciudad de soledades módicas, discretas, de calles largas trazadas a cordel, de plátanos sombreando las veredas, de vientos fríos y veranos calientes, con diarios bastante bien escritos, automóviles del treinta rodando alegremente entre estertores, muchachas flacas y algo provincianas, fútbol en completa decadencia. Ciudad para mirar crecer sobrinos, parrales y tristezas, de arquitectura parejamente fea, teatro floreciente, política tramposa. Ciudad sin novelistas, acaso algún poeta, por suerte ninguno de esos ateneos oficiales, y muchas, innumerables oficinas, plazas, jubilados, bañistas y gorriones. (...) Ciudad para recorrerla caminando, para asomarse a las verjas de sus quintas y sorprender algún fantasma entre los árboles, a mediodía, sentado en un banco de madera.*

Es tal vez una de las descripciones más poéticas de una ciudad que se ha escrito en la literatura mundial, por lo menos de lo que yo conozco. La leve y elegante tristeza que impregna estas líneas, el sentido de medida, la sutil ironía y este fantasma que irremediablemente evoca la imagen de la desesperación sentada en un banco de Jacques Prévert, todo ello me ganó para siempre convirtiendo a Montevideo y sus habitantes, al Uruguay, en una especie de sueño inalcanzable, no abrigaba ni la más mínima esperanza de que algún día pudiera llegar a verlo.

En los años que siguieron, mi camino por la hispanística y por el mundo de la traducción en todos sus aspectos me permitió conocer a otros uruguayos, a crear amistades para toda la vida y creo que este el momento de evocar algunas relacionadas con el mundo de la ciencia y la literatura, con la cultura en general: la inolvidable profesora Graciela Mántaras, la querida maestra Alcira Legaspi de Arismendi con quienes mantuve correspondencia casi hasta el final de sus vidas, Rómulo Cosse a quien seré eternamente agradecida por haberme propiciado la posibilidad de cumplir mi sueño, ver Montevideo y conocer los círculos intelectuales y artísticos



## ACADEMIA NACIONAL DE LETRAS

uruguayos, Hugo Giovanetti cuyo entrañable regalo – el cuadro de su papá – me recordará siempre Montevideo y los montevidianos junto con su revista *el Montevideano*, mi querida amiga Edith Silveira que para mí simboliza la moral del profesorado uruguayo.

Y muchos otros amigos que espero me perdonen no mencionar sus nombres por razones obvias, de todos ellos he aprendido y han marcado mi vida.

Y ahora, después de este largo preámbulo, que sin embargo consideré imprescindible, voy adonde había declarado desde el principio – a hablar de la actividad o vocación por medio de la cual llegué al Uruguay: la traducción en todas sus formas poniendo el acento en la traducción escrita – literaria – y en la traducción oral o la interpretación como las dos formas mediante las cuales esta actividad humana cumple su propósito – servir de puente entre hombres, lenguas y culturas. Se puede decir que la reflexión sobre el fenómeno de la traducción se basa en la experiencia adquirida en la traducción de la Biblia a diferentes idiomas ya que nadie debía sentirse excluido de la salvación por las barreras del lenguaje. Para algunos la traducción de la Biblia implicó la creación de un nuevo alfabeto y tal vez el origen de una nueva literatura - allá por el siglo IX (año 860) Constantino el Filósofo, más conocido como Cirilo, junto con su hermano Metodio compuso el primer alfabeto eslavo-búlgaro, llamado *glagolítico*, a fin de traducir un Evangelarium. Le antepuso un prefacio que, en palabras de Roman Jakobson, es la primera obra original eslava, en este sentido Constantino el Filósofo es considerado fundador de las letras y la liturgia eslavas.<sup>1</sup>

Todavía antes los autores romanos ya habían empezado a reflexionar sobre los problemas de la traducción. En el siglo I antes de Cristo Cicerón formuló los primeros postulados teóricos sobre la traducción centrandó su reflexión sobre cómo hay que traducir – literal o libremente, llegando a la conclusión de que la traducción tiene que ser fiel al contenido, a las ideas del original: “No me interesa la calidad sino el peso”. Desde entonces hasta hoy día ha surgido un sinnúmero de teorías de la traducción con nombres más o menos expresivos o exóticos y sin embargo, independientemente de la envoltura, en el fondo todas giran alrededor de aquellos primeros postulados de Cicerón, desarrollados luego por Horacio y por San Jerónimo, no por casualidad patrón de los traductores, uno de los seguidores más fieles de los principios de Cicerón, traductor y de hecho como tal autor de la *Vulgata*, llamada la Reina de las versiones bíblicas. A lo largo de los siglos las ideas sobre la traducción y los métodos de traducir han oscilado de un extremo a otro, el siglo 18 del neoclasicismo francés dio una libertad completa al traductor incitándolo a abordar el original con el fin de mejorarlo para no permitir que se infringiera el buen gusto, puso en práctica el famoso aforismo de *Las bellas infieles* comparando la traducción con la mujer – si es bella, no es fiel y si es fiel, no es bella.

En el siglo siguiente los románticos negaron categóricamente el principio de la traducibilidad y de allí la existencia de la traducción, por casualidad seguramente los poetas románticos fueron unos de los mejores traductores de poesía. En el límite entre los siglos 18 y 19, Goethe, contemporáneo tanto de los neoclásicos como de los románticos, en total disonancia con unos y con otros, lanza su idea de la traducción diciendo que “Hay dos máximas para traducir: la primera pretende que el autor de una nación extranjera sea traspuesto a la nuestra de tal manera que podamos considerarlo como nuestro. La otra, por el contrario, exige de nosotros que nos traslademos a su figura, que nos situemos en sus circunstancias, su manera de decir y sus peculiaridades.”<sup>2</sup>

<sup>1</sup> Véase García Yebra, Valentín. La traducción en el nacimiento y el desarrollo de las literaturas, in: *En torno a la traducción*, 1983, Gredos.

<sup>2</sup> Véase VEGA, M.A. Textos clásicos de teoría de la traducción, 2004, Cátedra, Madrid.



## ACADEMIA NACIONAL DE LETRAS

La misma idea es desarrollada ya como teoría por el filósofo y teólogo alemán Friedrich Schleiermacher quien en su obra fundamental en el ámbito de la traducción *Sobre los diferentes métodos de traducir* habla de los dos caminos posibles entre los cuales ha de elegir el verdadero traductor: o bien el traductor deja al escritor lo más tranquilo posible y hace que el lector vaya a su encuentro, o bien deja lo más tranquilo posible al lector y hace que vaya a su encuentro el escritor, es decir traduce literal o libremente, procede a la adaptación, lo mismo que decía Cicerón. Este texto influyó enormemente sobre el desarrollo de la teoría de la traducción hasta llegar a nuestros días cuando las mismas ideas reciben nuevos nombres. Laurence Venutti habla de *domesticación* – cuando las características de la cultura original suelen diluirse en el texto traducido y el producto que recibimos está adaptado al máximo a la cultura meta, así el lector reconoce su propia cultura en el texto traducido, su propia cultura en otras culturas. Para Venutti este tipo de traducción no es más que una falsificación del texto original, que se distingue de la otra técnica, la de la *extranjerización*. Por medio de la extranjerización el texto traducido conserva las características de la cultura original y, además, detiene la relación etnocéntrica en la traducción.<sup>3</sup>

¿Por qué dedico tanto tiempo a la historia de la traducción? Porque la historia de la traducción es también la historia de la cultura. Y al mismo tiempo la historia de una actividad que nunca alcanza un estado de seguridad, se mueve siempre entre distintas opciones intentando explicarse y a menudo adivinar lo que quiso decir el autor y por qué lo dijo así y no de otra forma, desgranar ideas y descifrar preguntas, una actividad que es también una historia de sacrificios porque del traductor depende determinar qué es lo que puede sacrificar con tal de conservar lo fundamental, hacer el papel de filtro y a veces de creador – dice Octavio Paz que la traducción es muchas veces indistinguible de la creación.

Jorge Luis Borges tiene dos (o tal vez más) consideraciones irónicas concernientes la traducción. La primera (en el típico de Borges espíritu de la paradoja) es sumamente conocida y pertenece a su ensayo *Sobre el “Vathek” de William Beckford*: “El original es infiel a la traducción”, hablando de la traducción al inglés de la trágica historia del califa, escrita por Beckford en francés.<sup>4</sup> Y, ubicándose siempre en las mismas latitudes orientales, Borges dice en su ensayo *Los traductores de las Mil y una noches* que “Palabra por palabra, la versión de Galland es la peor escrita de todas, la más embustera y más débil, pero fue la mejor leída.”<sup>5</sup>

Ello nos induce a enfocar el contexto en que se leen las traducciones, en las funciones que cumplen y en el impacto que ejercen sobre la literatura nacional, y me permitiré situarlas en el contexto búlgaro que es muy distinto del alemán, del francés o del italiano. Luego de un florecimiento de la literatura y la cultura en el primer Estado Búlgaro (681 – 1018) cuando incluso se habla de un temprano Renacimiento que precede al italiano (una de las pruebas son los frescos en la iglesia de Boyana), en el siglo XIV Bulgaria es el primer estado europeo que cae bajo la invasión turca. Durante cinco siglos la vida cultural se paraliza, la poca actividad literaria que existe es llevada por los monjes en los monasterios y consiste más bien en preservar la memoria de la antigua grandeza del pueblo búlgaro amenazado con desaparecer. En una época en que Europa reflexiona sobre problemas filosóficos de la existencia humana, pasa por el período del clasicismo y el romanticismo, entra en el capitalismo, el pueblo búlgaro intenta sobrevivir y luchar por su independencia del Imperio Otomano. La segunda mitad del siglo XVIII hasta 1878, el año de la victoria de Rusia en la Guerra ruso-turca, respectivamente de la

<sup>3</sup> Véase VENUTTI, L. *The Translator’s Invisibility*, 1995, Routledge, London & New York.

<sup>4</sup> Borges, J.L. *Otras inquisiciones*, Alianza Editorial, 2002.

<sup>5</sup> Borges, J.L. *Obras completas*, I tomo, Barcelona, Emecé Editores, 1996.



## ACADEMIA NACIONAL DE LETRAS

liberación de Bulgaria, es la época del tardío Renacimiento búlgaro, de una toma de conciencia nacional y cultural, de una voluntad claramente expresada de aproximación a Europa, inspirada en la fe en la ciencia y el progreso, característica de la Ilustración, es decir Bulgaria se mueve con un desfase considerable en comparación con el resto de Europa. Por eso en primer plano resalta la necesidad de recuperar el tiempo perdido, de crear una nueva cultura renaciente, de modo que el papel de la literatura traducida es doble, compensatorio y formativo a la vez: compensando la falta de obras originales y formando el gusto del lector, presentándole nuevas literaturas, formando su gusto literario pero formando también a los escritores búlgaros para la creación de sus propias obras. Al mismo tiempo el texto traducido sirve como manual llenando el vacío de materiales didácticos para apoyar el incipiente sistema educativo. Así la traducción cumple un papel particularmente importante en la formación de la nueva cultura: para alcanzar el progreso científico y técnico que permite dar una explicación científica y no religiosa del mundo, de los fenómenos de la naturaleza; para ayudar a la nueva clase social – la burguesía – a elevar su nivel, a conocer el mundo, tanto más que sus hijos tienen ya la posibilidad de estudiar en el extranjero – en Rusia, Francia, Alemania. Todo ello es fruto del despertar del sentimiento nacional como parte de la comunidad cristiana en el marco del Imperio Otomano.

Entonces, ¿qué es lo que se traduce y quién traduce? Son interrogantes que echan luz sobre diferentes aspectos de la traducción: la selección de las obras, la orientación temática, el método de traducción. La respuesta es simple – dependen de la personalidad del traductor, de su experiencia, de su nivel intelectual y educativo, de su orientación política, casi siempre se trata de personas jóvenes, hijos de la naciente burguesía, que estudiaron en Rusia, en Alemania, en Francia.

¿Qué libros se traducen? Más que nada, manuales de todas las ciencias, libros sobre la educación de los niños, sobre higiene y salud, es decir, libros utilitarios, la utilidad, el provecho, se convierten en palabras clave. Desde luego no falta la literatura de ficción, seleccionada siempre no sólo para deleitar sino también para enseñar.

Y así, el doble fin de la traducción – didáctico y utilitario – determina el método de traducción – una traducción libre que llega a la adaptación y la bulgarización, principalmente de nombres propios y de topónimos, pero a veces también de los mismos personajes que pueden cambiar radicalmente. A menudo el criterio es que de este modo la obra se vuelve más accesible, más fácil de comprender por el lector a quien el libro debe gustar estimulando así la lectura. O sea, sin conocer la teoría, intuitivamente, aquellos traductores, sin experiencia y preparación, optan por domesticar, por llevar al autor adonde el lector, evidentemente unidos en algo - en la convicción de que su trabajo será valorado por el lector, ellos traducen para este lector quien será el único a dar sentido a su obra. Durante muchos años, desde el surgimiento de la ciencia de la traducción, ella centra su interés en las relaciones escritor-traductor. Mucho más tarde se vuelve hacia el tercer elemento en esta tríada autor (representado por el texto)-traductor-lector. En su libro *Lector in fabula* Umberto Eco subraya que un texto existe únicamente en su relación con el lector que es a la vez intelectual y emocional, destaca el papel activo del lector que se convierte hasta cierto punto en creador del texto mediante la interpretación que le da y gracias a sus propios conocimientos.<sup>6</sup>

Según Umberto Eco, el texto representa un tejido, sembrado de manchas blancas, de fisuras que han de ser rellenadas puesto que el autor lo ha previsto y conscientemente lo ha dejado así contando por un lado con los conocimientos del lector, capaz de entenderlo sin más

---

<sup>6</sup> Véase Eco, Um., *Lector in fabula*. La cooperación interpretativa en el texto narrativo, Editorial Lumen, Barcelona, 1993.



## ACADEMIA NACIONAL DE LETRAS

explicaciones, y por otro, para despertar en el lector la iniciativa de interpretar el texto, es decir, el mismo texto necesita que alguien lo ayude a empezar a funcionar. Y para que un texto funcionara hace falta un lector ideal (lector-modelo, en palabras de Umberto Eco) que rellene los vacíos de modo aceptable. Prever cómo será el lector ideal significa no sólo contar con su existencia sino hacer que el texto cree este lector. Según Umberto Eco, el lector ideal está llamado a pronosticar el futuro desarrollo de la historia que está leyendo, ayudar este desarrollo con sus hipótesis que, una vez leída la historia, serán confirmadas o descartadas. El lector ideal es capaz de interpretar el texto de un modo similar al del autor. A diferencia de él, sin embargo, el lector real, empírico, el que lee el texto, es uno de los múltiples nombres concretos del concepto abstracto de *lector*. De allí la pregunta ¿para quién traducimos, con qué lectores trabajamos y cómo el objeto determina el método de traducir?

Antes que nada, el lector no puede ser examinado como un grupo homogéneo. Mencioné al inicio la nueva novela latinoamericana que fue casi completamente traducida al búlgaro en la época del *boom* y así la generación de lectores de edad consciente en aquel momento conocía muy bien la literatura latinoamericana, el realismo mágico, lo real maravilloso, que fueron también imitados, dije con cierta pizca de ironía que se habían convertido en una moda literaria, pero también ayudaron a que el lector búlgaro siguiera los acontecimientos políticos en la región empezando por la Revolución Cubana, el gobierno del Bloque de la Unidad Popular en Chile y el consiguiente golpe de estado sangriento, las dictaduras militares de los años 70 para llegar a la Revolución Sandinista – no nos olvidemos de que en este período la literatura de América Latina estaba estrechamente vinculada a la política.

En cambio, el período siguiente, después de 1990, no fue favorable a la presencia de esta literatura en Bulgaria, de hecho América Latina fue borrada de la esfera de intereses y durante largo tiempo estuvo ausente de la vida literaria y pública, de esta región casi no se hablaba, el péndulo se había ido al otro extremo, la literatura traducida se limitaba a los best-sellers mundiales de autores como Mario Vargas Llosa, Isabel Allende, de vez en cuando aparecía algún autor importante omitido antes por distintas razones. Mientras tanto creció una nueva generación de lectores y no es nada raro que hoy la literatura latinoamericana no es muy conocida, aparte de los autores mencionados.

Y es precisamente la actitud hacia el lector lo que determina el enfoque del traductor. Así un problema clave que surge todavía antes de empezar la traducción es cómo situar al eventual lector empírico (porque el porcentaje de los ideales es ya muy pequeño) en una realidad ajena y en sumo grado ya incomprensible. Un ejemplo para ilustrar que surgió en la traducción de *El Invierno de Gunter* del paraguayo Juan Manuel Marcos en que desde las primeras páginas aparece la Tierra sin Males, tan ansiada por los indios guaraní, la tierra no alcanzada por el pecado, la tierra virgen, la tierra prometida, presente en la mitología de todas las civilizaciones. La Tierra Prometida es el equivalente más exacto (y creo que así hubiera procedido el traductor del s. 19), sin embargo se trata de un elemento de la Biblia que pertenece a la religión cristiana y es sabido que los carái – aquellos seres enigmáticos, ni chamanes, ni sacerdotes, ni curanderos, más bien maestros, guías intelectuales – a diferencia de los cristianos y concretamente de los misioneros jesuitas que vinieron a civilizarlos, buscan este paraíso no en el cielo sino en la tierra, *hic et nunc*, aquí y ahora, en la vida terrenal, sin la necesidad de pasar por la prueba de la muerte y aquí es donde se da el choque entre las dos civilizaciones. Por lo tanto es absolutamente inaceptable mezclar dos visiones opuestas de la vida, adaptando la figura de la Tierra sin Males a la ya conocida por el lector, por lo cual opté por una variante ampliada cuyo ritmo y estilística se acerca al cuento de hadas o a la mitología – *la Tierra donde no existe el Mal* con este ritmo, marcado en cursiva, que no está en el original.



## ACADEMIA NACIONAL DE LETRAS

En la literatura moderna son muchas las novelas intertextuales que plantean ante el traductor problemas de difícil solución cuando en el texto aparecen citas de distintos escritores y poetas, a veces conocidos, otras no. En algunos casos el mismo autor señala entre paréntesis el origen de la cita pero en otros la referencia hace parte del texto del autor sin ninguna otra indicación. ¿Cuál debería ser el enfoque del traductor? Naturalmente no deberíamos esperar que señale todas las referencias intertextuales, hasta es discutible si deberían ser explicitadas. Y tal vez no se trate de una tarea del traductor sino más bien de una ética de la traducción que por su parte está en dependencia directa del autor – si el mismo autor no considera necesario dar explicaciones, el traductor tampoco está obligado a hacerlo, tanto más que su deber es quedar fiel al autor. Por otro lado la intertextualidad puede ser detectada sólo por lectores eruditos, de lo contrario la referencia y la explicación no desempeñarán su papel, se quedarán a nivel de mera información y no de una vivencia emocional e intelectual compartida.

Otro caso es cuando la interpretación es imprescindible, si no, el texto traducido quedaría incomprensible lo que no es válido del original. Se trata de los conocimientos de fondo que nunca coinciden en los representantes de dos pueblos y dos realidades distintas. Un ejemplo de *El invierno de Gunter*: en la conversación entre dos protagonistas sale el tema de la Iglesia Episcopal: “Hay muchos pastores episcopales. Trabajan en la frontera. Secan la espalda a los sin documento.”<sup>7</sup>

Para entender el texto español el lector debería saber que en los Estados Unidos a algunos de los emigrantes mexicanos llaman con desdén “wetbacks” – “espaldas mojadas” ya que les toca cruzar nadando el Río Grande, la frontera entre México y los Estados Unidos. Para el lector latinoamericano no habrá dificultades de comprensión pero ello no es válido del lector de la traducción lo que impone la intervención del traductor para descifrar el sentido oculto de estas tres breves frases, primero, explicitando el lugar – México que está implícito en el original, y luego sustituir la expresión concreta del original – secar, secar la espalda - que se puede interpretar como una metáfora y ser sustituida por otra metáfora *tender la mano al que se ahoga* que no significa obligatoriamente *sacar del agua* sino *prestar ayuda*.

¿Cómo debería proceder el traductor en situaciones como las enumeradas?

La práctica establecida supone varias formas de proceder: poner notas a pie de página, incluir explicaciones dentro del mismo texto (que significa manipularlo) o eliminar la dificultad mediante la adaptación (a estas alturas lo considero absolutamente inaceptable). Es conocida la opinión bastante divulgada de que las notas a pie de página son la vergüenza del traductor. Este problema lo he enfrentado muchas veces y en él está concentrada no tanto la actitud del traductor hacia el lector como la del autor hacia el lector. Hay escritores que escriben para un público determinado, selecto, capaz de entenderlos – es decir, lectores ideales, el resto no les interesa.

Tal es el español Javier Marías quien parece que conscientemente lo muestra barajando nombres, acontecimientos históricos, muchos de los cuales conocidos sólo por un círculo muy limitado de lectores preparados. A diferencia de él, Umberto Eco abastece su novela *El nombre de la rosa* de un sinnúmero de notas, su objetivo no es sólo retener la atención del lector sino también educarlo. En este caso las notas a pie de página son inevitables, no hay otra manera de transmitir la intención del autor.

---

<sup>7</sup> Marcos, J. M., *El invierno de Gunter*, Servilibro, Asunción, 2013, p. 53.



## ACADEMIA NACIONAL DE LETRAS

Es obvio que para ser comprendido el autor no debe contar sólo con el lector ideal sino con el trabajo hábil del traductor. Sin olvidar que el mejor lector para un autor es su traductor, las notas de éste son una clave para el lector de la traducción. Y si para ser comprendido un texto así hace falta un lector ideal, en palabras del semiótico francés François Rastier, el texto parece inacabado hasta que sea traducido.

Y aquí es donde destaca la relación autor-traductor. La correspondencia entre el autor y el traductor muchas veces es de gran interés para el investigador. El caso perfecto es que el autor no sea un clásico, que esté vivo y se le puedan dirigir preguntas. Así procedí con Ernesto Sábato hace 30 años quien contestó mis preguntas meticulosamente, en pequeños pedazos de papel, escritos a máquina. Cuando traduje a Onetti, ya lo consideraba un clásico y ni me pasó por la cabeza molestarle, en cambio con Juan Manuel Marcos mantuve una larga correspondencia por mail y por chat en que me aclaraba detalladamente todas las dudas. Con Carlos María Domínguez fue igual, algo más, gracias a este contacto con el autor pude evitar errores de interpretación o, mejor dicho, de sobreinterpretación, en la traducción de su novela *La costa ciega*. Con Javier Marías, sin embargo, no pude comunicarme ni siquiera estando en España y a pesar de haber dedicado casi 10 años a la traducción de 4 voluminosas novelas suyas. Con toda seguridad un contacto personal con el autor me hubiera ahorrado muchos esfuerzos y dudas y la traducción tal vez hubiera ganado, pero, por otro lado, ello me obligó a proceder como investigadora, a intentar recorrer el mismo camino que el autor, a dar los mismos pasos que él, y sin duda ninguna me enriqueció.

Hay, sin embargo, un aforismo que dice que el traductor por escrito es un escritor no realizado mientras que el traductor oral, el intérprete, un actor no realizado. En mi vida profesional he cumplido indistintamente los dos papeles y puedo afirmar que si el secreto del escritor no es la inspiración ya que nunca está claro de dónde viene, sino su perseverancia y paciencia (en palabras del premio Nobel Orhan Pamuk<sup>8</sup>), ello es aún más válido del traductor a quien se le exige no sólo poseer un dominio impecable de los dos idiomas y sobre todo del materno al cual traduce, (algo que se sobreentiende), una amplísima cultura de hecho en todos los ámbitos de la vida y no en último lugar una humildad que le permita quedar desapercibido después de haber puesto su corazón en el texto traducido. Y ello es válido no sólo del traductor literario sino también de todo traductor e intérprete.

Como ya fue dicho, la traducción acompaña al hombre desde los inicios de la historia. Y aunque cronológicamente la primera en surgir es la interpretación – hay quien dice que la más antigua de las profesiones es la del intérprete – es también la última en profesionalizarse aunque en realidad es la que más directamente cumple la primera y fundamental función de la traducción, la comunicativa – si no se logra la función comunicativa, la traducción pierde su sentido de acto humano. Y sin embargo los protocolos del Juicio de Nuremberg contra los criminales de guerra nazi que significó también la aparición de la traducción simultánea, tal como la conocemos hoy, contienen miles de páginas traducidas y en algunas aparecen los nombres de los traductores. En cambio los nombres de los intérpretes simultáneos en las cabinas se borraron, quedaron desconocidos (o conocidos sólo por los investigadores) – algunos de ellos venían directamente de los campos de concentración y con su abnegado trabajo permitieron que el mundo entero fuera testigo de que el mal no queda o no debería quedar impune. Me voy acercando al final de mi discurso y no puedo dejar de mencionarlos, a ellos y a tantos otros intérpretes que con sus conocimientos, habilidades, cultura, cualidades humanas no pocas veces fueron partícipes en la construcción de la historia de su época.

---

<sup>8</sup> Véase Pamuk, O. La maleta de mi padre, Discurso de aceptación del Premio Nobel, 6 de diciembre de 2006, Estocolmo.





## ACADEMIA NACIONAL DE LETRAS

Tal como estuvo organizado este discurso, seguramente les pareció algo caótico, mezclando cosas de distinta índole. Pero caótica es también, vista por fuera, la actividad del traductor que pocas veces, casi nunca, tiene la posibilidad de especializarse en un solo autor o en un solo tema para proceder como investigador, tal como lo haría el historiador o el crítico de la literatura. Al contrario, casi siempre tiene que entrar en el papel del otro, vivir la vida del otro, sea el autor del original, sea el protagonista, es decir tomar la ficción como realidad vivida, propia. Y me ha sucedido, luego de haber trabajado meses seguidos, a veces día y noche, sobre alguna novela (tal fue el caso de la trilogía de Javier Marías “Tu rostro mañana”), al final, cuando llega el desenlace y todo termina, me ha sucedido despertarme con un sabor amargo en la boca, con la sensación de que ha sucedido algo irreversible, y es que en las últimas páginas murió Sir Peter, el protagonista que ya consideraba eterno.

Y me parece ahora que a este discurso más le convendría otro título – *Elogio del traductor* –, de todas aquellas personas que casi siempre quedan desconocidas, transparentes, invisibles, sea ante el micrófono en la cabina, sea en las páginas del libro, escritas por ellos en la lengua de la traducción. Dicen algunos que fueron castigadas por Dios por no haber cumplido su voluntad y haberse convertido en intermediarios entre los hombres que no se entendían entre ellos porque Dios las había castigado por su arrogancia al construir la Torre de Babel, les había convertido en seres mudos e ignorantes. A estos seres dedican sus solitarios esfuerzos, sufrimientos, sacrificios pero también su entusiasmo y el deleite de vivir la literatura, aunque fuera escrita por otros, o de reproducir las palabras pronunciadas por otro, los traductores, estos desconocidos de la historia. Creo que merecen ser homenajeados.

Y termino con la indescriptible emoción de haber podido compartir con ustedes algunas reflexiones sobre la traducción y el oficio del traductor, corriendo el riesgo de aburrirlos pero a la vez de exponer en público lo que ha sido en gran medida el sentido de mi vida y que me ha traído aquí.

Muchas gracias.

La sesión finaliza a la hora 18:30.

Marisa Malcuori  
Secretaria

Adolfo Elizaincín  
Presidente